

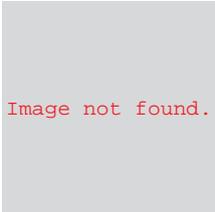
Altas horas

Alejandro Fdez. Crespo

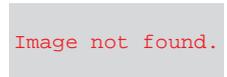


Image not found.

Capítulo 1



Alejandro Fernández



Altas horas

Odiaba salir del trabajo a esas horas. Odiaba caminar por la ciudad tan tarde. Odiaba el ruido de los malditos coches en cada esquina. Joder, en ese momento lo odiaba todo. La odiaba a ella. Era increíble cómo un día le estás diciendo a una persona que es la mujer de tu vida, y al día siguiente deseas con todas tus fuerzas que uno de esos enormes camiones te lleve por delante para no verla más. Todavía no entiendo qué pasó.

Trataba de no pensar en toda esa mierda, y centrarme en la música que sonaba en mis auriculares. La música me ayudaba a no pensar, pero era imposible. Cada verso, cada melodía, me llevaba a ella. En la pared había decenas de carteles que anunciaban el próximo concierto de The Followers, pero esta vez no iríamos a verlo. Y el reproductor insistía en saltar a esa canción que tanto significaba para nosotros. Nuestra canción. O eso solíamos decir.

Pasear por la noche en una ciudad como esta te permitía ver cosas muy interesantes. Pocas personas, pero todas reales. Nadie que caminara a esas horas aparentaba nada diferente a lo que era. Nadie se escondía tras una máscara para fingir ser una persona distinta. Nadie trataba de maquillar sus defectos. Odiaba a quienes lo hacían y en todo momento ponían esa cara de imbéciles. Sí, odiaba demasiadas cosas hoy.

A apenas un par de calles más abajo estaba lo que hasta ahora había sido mi casa, mi hogar, nuestro nidito de amor. Y ahora tenía que recogerlo todo y marcharme de allí. ¡Qué puta es la vida! ¿Por qué tenía que dejar yo la casa? ¿No podíamos llegar a algún tipo de acuerdo? Hay cosas que no entiendo, y menos la justicia de este país tercermundista.

Caminé a través de la entrada, que hoy se me antojaba más aburrida que de costumbre y más horterera aún. ¿Cómo pudo parecerme bien aquella

decoración? Un par de giros a la llave y se abrió la puerta del recibidor.

Cerré y decidí dar una vuelta, pasear por mi propia casa, recorrer cada rincón antes de que se me considerase un extraño allí.

Giré la esquina de la cocina y allí estaba. El reloj por piezas que compramos a principios de año. Odiaba ese reloj. Odiaba el sonido de las manecillas en mitad de la noche. Odiaba todo lo que representaba. Joder, hoy estaba odiando por encima de mis posibilidades. Al final sí que tendría que leerme aquel libro de autoayuda que me recomendó mi jefe. Qué imbécil, quién será él para darme lecciones de cómo afrontar una ruptura.

El pequeño pasillo me llevó a pasar por delante del baño antes de llegar a la habitación. Eché un vistazo hacia adentro y descubrí el pato de goma que ella me regaló sobre la bañera. Parecía mirarme y pedirme que no me marchara. Bueno, probablemente no lo hacía, pero en mi cabeza parecía hacerlo. Unos pasos más y llegué al dormitorio. Se sentía tan frío. Habíamos compartido esas sábanas hacía pocos días, y ya no volveríamos a hacerlo nunca más. Desde la ventana podía verse la parte delantera de la casa, y el lugar donde normalmente estaba su coche aparcado. Habíamos decidido gastarnos una pasta en un jardín con gravilla de esos modernos, y al final ni nos gustó cómo quedaba. Pero yo nunca me quejaba. Si éramos felices, a mí me valía.

Quizás ese fue el problema, que siempre accedí a todo. Nunca me negué a ninguna de sus ideas, siempre fui el que empezaba la conversación si nos peleábamos, siempre buscaba la forma de reconciliarnos. Incluso aquel día en el que casi llegamos a las manos. Bueno, casi llego yo. Ella llegó, vio y venció. Como siempre. ¡Si hasta me lanzó un tornillo suelto de la repisa! Desde luego, era un pardillo. Tantos años buscando lo mejor para los dos, y aquí estoy ahora. Terminando de recoger todos mis recuerdos para que ella pueda quedarse con la casa. Lo que había sido el lugar más especial para nosotros, dejaba de serlo para mí, pero no para ella. Aquel maldito lugar seguiría siendo su santuario, pero a mí me tocaba irme. Que cosas tiene la vida.